

EL SIERVO DE YAHVÉ

¿De qué valen las grandes algaradas de la exterioridad cuando el corazón no se ha convertido? ¿y cómo sería posible una conversión sin seguir la vía del siervo de Jahvé?

Por Angel Barahona

Una vista panorámica sobre nuestra sociedad nos desvela rápidamente que los hombres vivimos sin pensar. Viajamos en una especie de autobús al que llamamos planeta Tierra, a una velocidad increíble, y realmente solo conocemos la fecha en la que nos subimos a él por primera vez. Pero, como si de locos sin destino se tratara, si alguien nos preguntara a dónde pensamos ir, para qué hemos subido al autobús, cuándo pensamos bajar, qué queremos hacer, obtendríamos con sorpresa la callada por respuesta. Imaginaos la escena traducida: ¿para qué vives? para trabajar; ¿para qué trabajas? para tener dinero y asegurarme el futuro; ¿qué esperas del futuro? tener trabajo, seguridad (no es redundancia sino circularidad); ¿qué es la seguridad para ti? que no me pase nada (que no me pase nada no es afirmación).

El hombre no se pregunta para que vive porque "sabe" la respuesta. ¿Cuál es la tarea primordial a la que el hombre dedica toda su vida? Olvidar que lo sabe. Aquí es donde interviene su astucia: todo está creado para que le recuerde que es un ser apenas inferior a los ángeles, lleno de gloria y dignidad, pero que a la par no es nada para que alguien se fije en él. Esto hace: se levanta dormido, se toma un café, va al trabajo deprisa, trabaja deprisa, vuelve del trabajo cansado, come, oye la televisión mientras se queda dormido, se despierta manteniendo cierto halo de somnolencia, se da una vuelta por la habitación, mata el rato —antes de que el rato le mate a él—, ve la tele, cena, le entra sueño, se duerme; mañana será otro día. Algunos que se creen más originales, distintos, totalmente distintos al resto de los hombres, leen durante un rato, piensan, siempre un pensamiento que se define por el afán de ser diferente, de romper la monotonía, pero cuanta más necesidad tiene uno de distinguirse es porque horriblemente es más consciente de su tremenda igualdad. La ilusión de la diferencia mantiene vivos a tantos hombres, que realmente se impone como verdad por su eficiencia.

Pero ahondemos en las respuestas: hay un tipo de hombre que ha encontrado el «life motiv» de su existencia en no ser como los demás. Desafortunadamente busca minuto a minuto la originalidad, destacarse, pertenecer a cualquier élite, incluso puede que esto sea tan simple como salir en el Guinnes por haber arrastrado una nuez con la nariz durante siete kms, o, tan complicado como ser el primer hombre



que pise Marte. Escribir los poemas más obscenos del mundo, o vestir las ropas más llamativas, o ser el intelectual más independiente, mordaz, soez, impertinente, intempestivo... etc, de los que en el mundo han sido. Incluso viste el ser raro y destacar esa rareza de la naturaleza como una virtud adquirida con esfuerzo. No quiere decir que eso le dé un sentido a su vida, ni siquiera lo pretende. Arrostrar heroicamente el sinsentido también es una medalla para este tipo de hombre. Puede hacer lo que hacen los demás pero siempre con un toque de distinción, una especie de superioridad aureola el busto que le erguirá la humanidad «post mortem». No cree en nada, quizás un poquito pagado de sí mismo crea que es el único que conoce los secretos, los extraños resortes que mueven el mundo. Él es el juez del bien y del mal para los demás, pues él está por encima de esos ñoños y mojigatos criterios castrantes que impiden al hombre reconciliarse con el placer, sacarle el gusto a la vida, valorar los momentos «entrañables» —así llama a lo sexual— sin ningún tipo de impedimento moralíneo. A este hombre le podemos llamar hombre nihilista. No porque no se apoye en nada, no hay hombre que lo resista, por más que eso sería su mas alta pretensión, sino porque precisamnete se apoya en todo lo que es efímero, vanal, cargado de vacío. Vive al son de sus deseos, como los niños de las últimas generaciones: si no me «petece» no lo hago. No en vano Nietzsche decía que el Niño era la figura precursora del Superhombre.

Pero este Superhombre quimérico, incapaz de sufrir, neurotizado por su cuerpo, su salud, su seguridad, dista mucho de la voluntad de poder que parecía querer dignificar al hombre por encima de las esclavitudes que la moral tradicional le imponía. Esa voluntad de poder se ha restringido a la voluntad de poseer.

Sacar el «meollo a la vida» es la constestación desesperada que este hombre propone en la angustia por la conciencia de la inexorabilidad del tiempo. Todo le recuerda a este hombre que la vejez, la enfermedad, el descrédito, la decadencia, la soledad —cuando se acaba la herencia de la generosa biología— llegan sin darse cuenta; «como ladrón en la noche» se precipitan sobre nosotros, nos muerden en el cuello, y sin remedio nos procuran la muerte, y no sólo sólo la física —los hombres de las sociedades opulentas, del ocio, de la inteligencia aplicada a los sistemas de producción son los que más se suicidan— sino la óptica, la del sentido de ser, lenta, irreversible, mascada.

Este hombre que vive de pastillas, que va al psiquiatra, calculador, frío, práctico, realista, solo busca la eficacia en los problemas concretos. Hay algo de nosotros también en este hombre: estudia mucho, es muy culto, **cre**e en la ciencia, no está dispuesto a escuchar sermones, no tiene tiempo que perder.

Hay otro tipo de hombre: el justiciero, al que la vida no le ha tratado tan bien como al nihilista, el que considera que la naturaleza y la sociedad están en deuda con él. Este hombre es honesto, trabajador, esforzado, para el que la religión es una rémora, una piedad alienante, que sólo sirve para consolidar las injusticias. Busca

arreglar los problemas sin recurrir a providencialismos. Este también ha cometido un deicidio pero no por la indiferencia, o por el obstáculo que supone para la libre expresión de los deseos e irresolubilidad del problema como el nihilista, sino porque achaca a Dios el mundo tan injusto.

Este tipo de hombre acomete sin reparos la ingente tarea de extirpar el mal, empezando por la libertad y terminando —en el sentido de exterminar— con ella. Hay que restaurar el orden del mundo, no se puede dejar nada al azar, es necesario usar la razón para transformar el mundo, hay que hacer, cambiar, trabajar elaborar un código ético, unos derechos, sobre todo unos derechos, interpretar para modificar, reparar.

Inevitablemente hay que hacerlo con violencia, paso temporal para llegar al objetivo que es la paz social, mundial. Este tipo de hombre es una semblanza de lo que fue el militante de izquierdas, el marxista. Un hombre comprometido, con buenas ideas, humanistas en principio, un mesías secular.

Hoy quedan restos que han fragmentado sus pretensiones, y si bien no aspira a cambiar los pilares del mundo, ni siquiera a mejorar un país reducido —aunque la ingenuidad es tan abundante como el oxígeno y cuando se combina con determinados elementos puede hacer verdadero daño en los pulmones del mundo—, sí que considera que podía cambiar su pequeño entorno, su barrio, las condiciones laborales de los demás compañeros, nunca pierde su vena altruista. Pero le falla lo más importante, las verdaderas causas de su motivación: ¿quiere algo más que aumentar su propio poder adquisitivo, su seguridad física y económica, defender su estatuto de buen consumidor, no es su igualitarismo un fruto de su envidia?

¿No es su búsqueda la seducción engañosa de que quien tiene es y quien no tiene no es, o no es tanto?. No aspira a transformar la sociedad de arriba a abajo. La revolución se restringe a ensanchar el comedor, comprar muebles nuevos de cocina, un video y un televisor de alta definición, un coche más confortable, y enseñanza gratuita para el niño, en singular. Es una locura para este hombre moralista— racionalista tener más: una boca más significa menos tarta a repartir, menos nivel de vida. La justicia viene impuesta por la razón, y la razón por la economía. Por eso este hombre hace de su vida una lucha por las mejoras de las condiciones económicas concretas, puntuales. Su único criterio es la eficacia, el ahorro en lo que él considera superfluo y el despilfarro en lo que llama cultura popular. Pero cuando se quiere dar cuenta, en estos avatares, le ha llegado el momento de reivindicar su jubilación, de comprarse unas bolas de petanca e irse al parque por la mañana a meterse con el gobierno. Haciendo balance de su vida quizás se conforme con lo que ha obtenido por una vida de trabajos rutinarios, de caminos desgastados por los zapatos de otros, con las dos o tres veces que se comió unos langostinos, a la postre causantes de una subida de tensión que estuvo a punto de costarle la vida. Ahora lo cuenta, y eso le basta. A lo mejor no tuvo tiempo de mirar las estrellas, pero ahora disfruta de los árboles que plantaron los niños en la fiesta ecologista del barrio. Yo

los he visto llorar cuando llegan a casa y su única compañía son sus odios, sus recuerdos amargos, el cuarto vacío de sus hijos que no vienen a verles más que una vez cada no sé que tiempo, y una televisión que ronronea sin sentido todo el día. Una soledad poblada de aullidos. Todo el valor que derrochó para pedir un aumento de sueldo le falta ahora para ahorrarse la pesantez de la noche oscura del alma.

“Ay si tuviera veinte años menos, me comería el mundo”, dice entre dientes... un segundo más y se traga por dentro un gemido, el mundo se lo comió a él. En la vejez ya no da fruto, engrosa las estadísticas de pasivos. Mis hijos, porque él no los tuvo, le pagan con sus impuestos su exclusión del mundo de los activos.

A lo mejor hasta se arrepiente de la huelgas que hizo cuando trabajaba en la E.M.T, cuando consiguieron que un esquírol amigo suyo dejara de serlo y que a otro se le saltara un ojo de un pelotazo de la policía, y cuando por la tensión de aquellos días se desahogara pegándole a su hijo una torta que nunca olvidó, reprochándosela día tras día (¡y él que creía que hacía la huelga por el hijo!).

El mero cristiano burgués, ante el hombre nihilista, el intelectual, el científico, ante el comprometido con la realidad social, ante el parado, ante el marxista nada tiene que decir. Con su traje de primera comunión no puede dialogar con los otros hombres en condiciones de igualdad. Su concepción de la iglesia monolítica, dogmática, ritualista, devocionaria, con una teología muy jurídica y legalista, le impide adaptarse al shock del cambio.

Aun es más grave la situación del que cree que puede enfrentarse a ésta esgrimiendo las mismas armas. Ahí están esos curas, esos religiosos, y esos cristianos que con tan buena fe quisieron hacer una maniobra de acercamiento al mundo hablando su lenguaje, usando sus argumentos, poniéndose algunos hasta el mono y estudiando ciencias, psicología, filosofía, militando en partidos, tomando una opción sindicalista, pagando un precio tan caro que no encontraron la vía de retorno. Convirtieron la iglesia, la parroquia, la comunidad en una dinámica de grupos, en una escuela de adultos, la confesión en psiconálisis, la predicación en mitin o en conferencia, el discernimiento en encuestas y estadísticas, el cuidado de la grey en estrategias de amistad para combatir la propia soledad.

Los que convirtieron la parroquia en células de acción católica obrera, al estilo de la acción revolucionaria obrera, y se pusieron a hablar de justicia, de acción social, pronto descubrieron que rezar era una inutilidad en un mundo cabreante. Empezaron a pensar que lo que hace sufrir a los hombres eran las estructuras injustas, y olvidaron que lo único que les salva es que un HOMBRE HAYA RESUCITADO (venciendo esas injusticias de la única forma en que dejan de ser el círculo vicioso de los eternos problemas y las mismas soluciones, casi siempre violentas), dejándoselas cometer en propia carne. Por haber olvidado eso hablaron del pecado como algo retrógrado, dijeron que lo que hay que hacer es diagnóstico de la reali-

dad, revisión nocturna de la sociedad. Entonces, poco a poco se ve tan claro al malo que ya no abrigas más que críticas primero, odio después, culpa, denuncias y reivindicaciones: dolor. ¿Para qué la liturgia así las cosas, si ya no estamos en fiesta, si es una pérdida de tiempo que nos distrae de los compromisos vitales? Salieron, en fin, a la calle, pero no gritando de alegría porque alguien haya vuelto de la muerte, como si estuvieran “llenos de mosto a mediodía”, sino con las pancartas, los lemas, primero, luego las piedras y cockteles. Vuelta a empezar.

Pero la clave está en una falsa respuesta: lo que hace sufrir al hombre no es el ganar más o menos dinero, que tenga una casa pequeña, que no llegue a fin de mes, que carezca de un seguro, que su jefe le explote y sea un tirano, que las cosas no le salgan como él quiere. Sí pero no. Lo que contamina al hombre no viene de fuera sino que está dentro de su corazón.

Si lo que hace sufrir al hombre son las estructuras sociales alienantes e injustas, la historia nos demuestra que no hay ninguna estructura social que satisfaga plenamente al hombre. Si lo que destruye al hombre son sus complejos de culpa, maternos, paternos, el que no los tuviera sería feliz, o, al menos, para no ser pretencioso o ingenuo, digamos que se aceptaría a sí mismo, estaría en paz consigo, pero esto es tan difícil como volver a nacer.

Lo que realmente hace sufrir al hombre es el miedo a la muerte, porque por su libertad la ha experimentado en forma de desnudez, de soledad. De nada sirve cambiar estructuras, relaciones sociales, gobiernos, ideas, si no se cambia la **persona**. Si no se ataja yendo directamente al corazón del egoísmo humano, al ombligo que le hace sentirse en el centro del universo, como rey que no acepta las cosas más que como él las piensa, de nada sirve cambiar el envoltorio si el fiambre está ya enmohecido. Se pueden crear infraestructuras de servicios impresionantes para atender a los enfermos, dar becas para el estudio a los médicos, crear incentivos para una óptima atención de los pacientes de una extraña enfermedad que asola la ciudad, pero mientras no se le dé la vacuna o el antídoto, todo son paños calientes. El problema es que no se puede aplicar la vacuna si no se experimenta con un voluntario que sea capaz de arriesgar su vida por el bien de muchos. El que hiciera esto te daría el ser, la vida si tu fueras uno de los sometidos por la epidemia. La vida le viene al hombre de que otro le dé la suya gratis. Si no es así a lo más que puede aspirar el hombre es a montar un buen mercado de intercambio de bienes. Y esto es lo que hacemos cuando erradicamos de nosotros la experiencia aglutinadora de sentido que supone que un Hombre haya dejado una **tumba vacía**.

Por el temor que tenemos a la muerte hacemos todas las cosas: huimos del tiempo antes de que éste nos devore, nos defendemos antes de que nos ataquen, construimos casas o castillos más o menos seguros para protegernos de los malos vientos, nos asociamos para hacernos fuertes en nuestra debilidad, nos hacemos esclavos del primero que pasa por nuestra vida ofreciéndonos seguridad o sentido al vér-

tigo que nos produce la libertad, nos vestimos para ocultar nuestra desnudez, a la moda para no sentirnos marginales, hacemos hipócritamente lo que los demás quieren o esperan de nosotros para no sentirnos demasiado solos.

Buscamos desafortunadamente la fuente de la vida, el amor gratuito, el que no pide nada a cambio, y sólo nos encontramos con pequeñas charcas putrefactas donde siempre otros se han bañado antes.

Si ser significa ser amado, se comprende que el hombre tenga como solo objetivo la afectividad (ser querido) y como único camino comprarla (asegurarse los bienes, hacer dinero, tener sin ser), sólo un loco podría negar esto. Esto explica la necesidad que algunos tienen de explotar a otros, de someterlos, de violar a otros sus derechos, de no respetarnos unos a otros la libertad, de quererlos sólo a cambio de prestaciones. Esto explica que el hombre científico, el intelectual, busque prestigio, ser admirado, dejar sus huellas en la historia: sólo son formas de decir a gritos **queredme, me lo merezco**. En el fondo sabe que sólo logrará ser un ávido guardián del polvo en cualquier estantería, sea de la oficina de patentes, o del ISBN. Y si además el hombre descubre que todos los hombres buscan lo mismo ¿"podrá un ciego guiar a otro ciego"? Ven conmigo, que yo te amaré, le dice un hombre a otro: ¿no se tropezarán los dos con la misma soledad, la misma ansia de amor, la misma piedra con la que tropezaron los que pasaron antes por ahí?

Así se explica que el cristiano burgués, en su afán de asegurar su vida para ser amado, de ostentar la perfección digna de ser envidiada —una perversión de la necesidad de ser querido— quiera someter hasta al propio Dios a su propia adoración. Ya los fariseos se le adelantaron en tan alto cometido. Pagarse a sí mismo un lugar en el paraíso. Comprar la tranquilidad de la conciencia es eutanasia activa. El divorcio de este hombre entre su fe y la realidad raya a los ojos de sus hijos y vecinos en la esquizofrenia.

¿De donde le podría venir al hombre la realización de su único Deseo, del cual dimanan todos los otros efímeros deseos como pobres sucedáneos?. ¿De dónde puede venir la fuerza para seguir viviendo, para seguir trabajando contento en medio del cansancio, de la decepción, de las limitaciones, de la ingratitud, de los obstáculos que se yerguen una y otra vez en nuestros caminos? ¿en qué consiste el amor, la auténtica justicia, el verdadero artífice de la paz y la reconciliación consigo mismo, con los demás y con la historia?. ¿En qué consiste ser hombre? en encarnar el siervo de Yahve. Isaías 53. Ecce homo. Hay que rescatarlo de las vestimentas que intentan disfrazarlo. Nada nuevo, ni un codo han añadido las filosofías, las psicologías, y las sociologías a la sabiduría que se desvela tras ese rostro escupido y abofeteado.

¿Quién encarna al siervo?: tú y yo cuando cedemos aún teniendo razón, por una razón más fuerte que ésta, el amor. El que en el trabajo dice lo que piensa pero sin exigencias, sin vindicaciones, el que espera que Otro, que es el que lleva verdadera-

mente su historia, sea el que le haga justicia. El que no se divorcia, ni se separa, pues ve siempre el daño que él ha hecho, antes que el que le han hecho a él. Es el que ve al otro como superior y más digno de ser escuchado que él. Es el que es dueño del tiempo porque sabe que éste está abierto a la eternidad. Es el señor del dinero pues sabe que éste es un don de Otro para compartirlo y realizar así aquello para lo que fue creado: la comunión. El que no tiene miedo al paro, al futuro, a tener hijos, el que no aborta, el que no explota al otro porque éste cualquiera que sea no es uno más sino su hermano, el que no desconfía de nadie porque se ha dejado adoptar por otro Padre. El que no levanta en las plazas su voz, el que no quiebra la caña que se dobla, ni apaga la mecha humeante. El que contempla el dolor con esperanza y no con desesperación. El que ve el sufrimiento del otro como un momento que pasa y un signo de predilección, porque es igualado al mismo Hijo de Dios, el que no se escandaliza del mal, ni se resiste, porque "no saben lo que hacen", el que perdona.

¿Cómo se puede experimentar esto? Mediante una dimensión de la que pocas veces se habla cuando se enarbola el lema personalista cristiano y que siempre va unido a él: mediante LA COMUNIDAD, el sentirse pueblo, resto. Porque este siervo es el humilde, y cuando nos creemos que sabemos tanto necesitamos que cualquier iletrado nos desconcierte, nos desvele que sabe más de vivir y de morir que nosotros. Sin los otros que te puedan decir de verdad lo que piensan, sin el espejo que supone el rostro del otro, no se puede uno hacer persona, y esta función no la puede sustituir nadie, ni el matrimonio, ni la amistad, ni las afinidades, ni el trabajar juntos. Ser pueblo es celebrativo, es a la par verdad con dolor y reconciliación, es empezar cada día de nuevo, es ser convocados y tener esa conciencia; nadie se elige a sí mismo en un pueblo. No es un equipo selecto de privilegiados unidos por no se qué razón extrínseca, sino un misterio.

No es una utopía; generación tras generación alguien lo ha hecho realidad. Es fácil seguir las huellas porque están frescas. Sólo que no hay peor ciego que el que no quiere ver. Para una cosa vino el primer SIERVO: para dar la vista a los ciegos y cegar más a los que se creían que veían. No podemos seguir creyendo que el nihilista ve la verdad, que el moralista tiene la justicia, que el burgués es envidiable, el tiempo apremia, mañana es tarde, todos somos creados para asumir una hora, y a algunos ya les llama a la puerta.

Es verdad que una imagen vale más que mil palabras, que el medio es el mensaje —es decir, que ir perdiendo la vida por los caminos escabrosos de España hace que se den cuenta de que cuanto decimos es importante—, pero no vamos a renunciar a las mil palabras y narraciones porque un hecho pese más que todas ellas. Las palabras preceden a los hechos: "preparad los caminos, que detrás de mí viene Otro de quien no soy digno ni de desatarle las sandalias".

Angel Barahona
Del I. E. Mounier